



DE ACTUALIDAD

Hespanholadas

Así, con dos haches (y léase españoladas), que es como lo escriben los portugueses, para los cuales quiere decir algo así como entre nosotros portugueses.

Hespanholadas y no otra cosa son ciertas fiestas patrióticas de olé. Y el olé—“olé los hombres! así se hacen las cosas!”—es peor que los chinchines, affaracas y estridencias. Y aún peor sería querer emplear la bandera en dar pases de muleta a toros de foso, de lo que Dios nos libre.

“El estilo es el hombre”, ha quedado dicho, y Spengler sostenía últimamente, en un libro famoso ya en Alemania, que el estilo es lo más esencial de un hombre, de un pueblo, de una cultura. Hay frases, expresiones y modismos que ponen al descubierto lo más íntimo del alma. No es lo esencial lo que se dice, sino el modo de decirlo. Y hay un modo de decir ciertas cosas, hay un lenguaje que debata la frivolidad deportiva que juega con lo más serio. Y, no es jugar con fuego, no; es jugar con sudor, lágrimas y sangre del pueblo; es a las veces jugar a la pelota con corazones de madres.

Pero en medio de todo quedan siempre personas serias, de verdad serias—lo decimos sin segunda—, concientes de la responsabilidad de su ciudadanía y que se esfuerzan por hacer conciencia pública. Y alguna de estas personas que toman en serio la historia, nos ha dicho que España tiene la obligación moral de mantener abiertos los caminos de Marruecos, de mantenerlos libres.

¡Muy bien! ¿Pero es que están abiertos, ni para los españoles, los caminos de España...? ¿Sobre todo los espirituales, y en especial los caminos de la justicia? ¿Y si los moros nos dijeran que íbamos, no a abrir, sino a cerrar sus caminos, a cerrárselos a ellos? Sobre todo, los caminos de la justicia.

Nos hablan de protectorado y de operaciones de policía y no de conquista ni de guerra. Pero esto de policía en boca de los representantes del actual reino de España es algo que pone espanto. Porque aquí hace

tiempo que no hay Gobierno, sino policía; que no se gobierna, sino se reprime; que no se legisla, sino se ejecuta al modo del ministro de Justicia o del ejecutor de ella. Y esto no es sino el estado de guerra; esto es la guerra declarada por los supuestos gobernantes a los supuestos gobernados. Y cuando alguien, por espíritu de justicia, por devoción a la ley, se rebela contra esas operaciones de policía interior, se habla de castigo. Y hasta de venganza. Y esto lo dicen... autoridades!

Es la guerra, la guerra de conquista que hace el que se llama Gobierno a los supuestos gobernados.

La otra operación de policía, la de fuera, empezó siendo una diversión estratégica. Pero el problema, el verdadero problema de la guerra, está aquí, en España, y sobre todo en Barcelona.

¡Mantener abiertos o libres los caminos! ¡Claro está! ¡Pero primero aquí, aquí! ¡Primero los de aquí!

“Hay que rescatar primero cantivos, que son rehenes”—se nos dijo—, y replicamos: “Sí; pero hay en cárceles españolas presas, en rehenes, muchachas de diez y seis años porque no se logró prender a sus padres o sus hermanos; y a éstas ¿quién las rescata?” Sí; hay que abrir a la justicia los caminos de España y hay que abrir las cárceles.

“¿Pero usted sabe—nos dijo— el trato que se les dé?” Y replicamos: “No, no sabemos si allí a los prisioneros se les obliga a pasar la hora de paseo en “galápagos” y de dos en dos, ni sabemos si pasan allí otras cosas parecidas, porque aquello parece que es ya guerra y no operación de policía, ni de una parte ni de la otra”.

¡Mantener los caminos abiertos! Pero para eso hay que cerrarlos a ciertos sujetos. Al perro rabioso se le encierre para que se pueda circular libremente por los caminos.

“¡Ah, caíste!”—se dirá al leer esto alguno de esos accionistas del patriotismo de orden, de esos que creen que los perros rabiosos son los... otros—. Y le diremos que no puede

emplearse como agente de orden a Scarpa, el de “Tosca”. Y menos con un salvoconducto para operar a su mal talante mientras se encierra al que cotiza cuotas de sindicato, con el pretexto de que comete delito de estafa.

Esta declaración completamente ilegal, esta doctrina monstruosa, hija de la demencia del terror blanco, eso de que sea estafar recaudar cuotas de sindicato, es algo que hubiera sublevado la conciencia de todos los ciudadanos dignos en cualquier otro país que no fuese este nuestro, que cada día se envilece más. Tras de esa monstruosidad viene la de declarar que el partido comunista es ilegal. Y así se vuelve a quemar a los herejes. Antes a los de la religión, ahora a los del patriotismo oficial de los accionistas del reino.

La guerra es aquí donde está declarada, y es una guerra por la justicia, por la verdad, por la libertad; es una guerra contra el despotismo y hasta contra la tiranía. Y contra la estupidez vigente.

MIGUEL DE UNAMUNO

